

17-07/90

# PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

## Amistades perdidas

### García Pérez, G. Alegre

El estudiante de secundaria Carlos Salinas de Gortari solía reunirse a estudiar en los altos de una tintorería con su amigo y compañero de clases Gabriel García Pérez, cuyo padre era dueño del establecimiento. Al correr de los años, aquél fue economista y presidente de la República, y el segundo, médico y subsecretario de Salud. Intempestivamente, sin embargo, desapareció de su oficina a principios de julio y ni siquiera acudió a la transferencia de

sus responsabilidades al doctor Norberto Treviño, quien lo sustituyó el 4 de este mes.

No se han conocido las causas de la renuncia del doctor García Pérez, y sería irresponsable conjeturar si entre ellas hay algunas relacionadas con su probidad personal. Lo que puede asegurarse es que su posición se había debilitado dos semanas atrás cuando fue destituido Jorge Granillo Vázquez, a quien García Pérez había impulsado para ocupar la oficialía mayor de la Secretaría de Salud. Entre paréntesis recordemos aquí que José Newman Valenzuela, que es ahora el oficial mayor, ha sido de ese modo perdonado enteramente por el actual equipo en el gobierno. Como director del Registro Nacional de Electores (en julio de 1988) se había convertido, a los ojos de los sali-

nistas más ortodoxos, en el más directo culpable de la incredulidad ciudadana ante los resultados de la jornada electoral de entonces. Newman había anunciado que las primeras cifras se conocerían la noche del día seis, poco después del cierre de las urnas. No fue así, se "cayó el sistema", se despertaron suspicacias que aún perduran y Newman quedó satanizado. Ni siquiera marchó con el resto de sus compañeros a ocupar un cargo en la SEP, invitado por su antiguo jefe Manuel Bartlett. Permaneció en Gobernación, responsabilizado de los establecimientos penales federales, y de la política penitenciaria. La función parecía un castigo, por lejana a su experiencia previa. Por eso es de subrayarse su ascenso en la SSA, por lo que implica de amnistía política.

Pero volvamos a García Pérez. Su anómalo remplazo obliga a considerar que

un comportamiento igualmente anómalo debe haberse producido. Tal vez simplemente resolvió abandonar el servicio público, lo que hubiera sido una decisión respetable, pero igualmente llamativa, pues sigue vigente el principio burocrático que todo es preferible, aun la ignominia, antes que la renuncia. El hecho es que se ha ido, y que no fue bastante la amistad presidencial, que no había sufrido debilitamientos en el curso de los años, para mantenerlo en su cargo.

Con frecuencia los jefes de Estado en México han padecido las inconsecuencias de sus amigos personales, que no ejercen la debida discreción y se aprovechan de tal vinculación en términos que deben ser desaprobados explícita o implícitamente, pero de modo indudable, por los presidentes. Pueden ser recordados los casos de Jorge Pasquel y de Gastón Alegre, ligados a los presidentes Alemán y De la Madrid. El primero protagonizó varios

escándalos, que perjudicaron al primer mandatario, de quien se decía utilizaba a Pasquel como cobertura en varios de sus negocios, como el diario *Novedades*, que el aduanero jarocho debió entregar a la familia O'Farrill, luego de varias intemperancias públicas de Pasquel. Alegre, a su vez, era un conocido profesor de la Facultad de Derecho y litigante próspero. Se le auguraba un alto cargo cuando su amigo De la Madrid asumiera el gobierno en 1982. Durante la campaña electoral se le responsabilizó de la delicada función de atender a los invitados especiales del candidato, su amigo. Pero en vez de ser secretario de Turismo, prefirió emigrar a Canadá, en circunstancias que tampoco fueron claras para la opinión pública, atenta a la vida pública de este personaje precisamente por su dimensión pública.

La amistad presidencial puede no ser bastante para mantener en sus posiciones a quienes la interpretan mal.